

Un mensaje bíblico

PARA TODOS

Seis apariciones

Respondiendo al deseo de su madre y al mandato de su padre, y con la conciencia cargada, Jacob había dejado la casa paterna. La mano de Dios sería dura sobre él en cuanto a la disciplina, para formarlo y hacerlo volver en sí. El camino sería largo, penoso, pero ¿acaso no lo merecía?

En la noche de Bet-el, el Dios de gracia se le apareció por **primera vez**: “He aquí, yo estoy contigo, y te guardaré por dondequiera que fueres, y volveré a traerte a esta tierra; porque no te dejaré hasta que haya hecho lo que te he dicho” (Génesis 28:15). Pero el alma de Jacob no estaba en regla con Dios, por ello, a pesar de las promesas divinas, Jacob “tuvo miedo, y dijo: ¡Cuán terrible es este lugar! No es otra cosa que casa de Dios, y puerta del cielo” (Génesis 28:17).

Fueron necesarios veinte años de disciplina para que Dios pudiera hablarle nuevamente: “De día me consumía el calor, y de noche la helada, y el sueño huía de mis ojos” (Génesis 31:40). Jacob había engañado a su padre y, a su turno, él mismo sería engañado diez veces por Labán. Pero llegó un día en que Dios se le apareció **por segunda vez** diciéndole: “Vuélvete a la tierra de tus padres... y yo estaré contigo... Yo he visto todo lo que Labán te ha hecho... Levántate ahora y sal de esta tierra, y vuélvete a la tierra de tu nacimiento” (v. 3-13). En el pozo del “Viviente-que-me-ve”, el cual está entre Cades y Bered, el Ángel de

Dios había dicho a Agar: “Vuélvete... ponte sumisa bajo su mano” (Génesis 16:9). Volver, para Jacob, significaba exponerse a la cólera de Esaú. Sin embargo, la promesa divina era categórica: “Yo estoy contigo”. Si nos hemos apartado del camino del Señor, la misma voz nos dice: “Vuélvete”, humíllate. Es el único camino de la bendición.

El trabajo de la gracia debía ser más profundo. En la noche de Peniel, Jacob luchó con Dios y Dios con él (Génesis 32:24-32). A Aquel que le preguntó: “¿Cuál es tu nombre?”, Jacob debió responder: Jacob, el engañador. Pero en esa noche memorable, en la cual confesó lo que él era, cuando se reconoció sin fuerza, pudo implorar la bendición divina, recibirla y declarar: “Vi a Dios cara a cara, y fue librada mi alma”. El sol que se había ocultado veinte años antes en Bet-el se levantaba sobre él cuando pasaba por Peniel. La comunión con su Dios había sido recuperada; muchas pruebas debían marcar aún su camino, pero esta **tercera aparición** lo condujo a caminar por fin en la luz.

Otras experiencias seguirían: el encuentro con Esaú, en donde la buena mano de Dios intervino a su favor; la etapa de Sucot, donde se demoró; la de Siquem, en donde sus hijos mostraron su carácter violento y cruel. Dios callaba. Pero cuando Jacob estuvo al borde de la desesperación (“se juntarán contra mí y me atacarán, y seré destruido yo y mi casa”, Génesis 34:30), Dios se le **apareció por cuarta vez**: “Levántate y sube a Bet-el... y haz allí un altar al Dios que te apareció cuando huías de tu hermano Esaú” (Génesis 35:1). ¿Volver a Bet-el, ese lugar terrible donde se manifestaba la presencia divina? En lo más profundo de su alma Jacob sintió que no podía hacerlo sin haber purificado su casa de los ídolos que aún se encontraban entre ellos, sin haber quitado los dioses extranjeros y haberlos enterrado debajo de una encina en Siquem.

Entonces pudo construir el altar del adorador. Y no solamente el del adorador solitario (El-Elohe-Israel: Dios, el Dios de Israel, Génesis 33:20), sino el de la casa de Dios (El-bet-el: Dios de Bet-el, Génesis 35:7): el culto colectivo de los que conocen su gracia.

Por quinta vez apareció “Dios a Jacob... y le bendijo” (Génesis 35:9). La bendición de Abraham le fue entonces integralmente transmitida. El patriarca, depositario de las promesas, podría continuar su camino a pesar de los dolores y las tristezas, con la seguridad de esta gracia que lo había seguido a lo largo del camino.

Sin embargo, otras pruebas marcarían el ocaso de su vida. La pérdida de Raquel sería una herida que no cicatrizaría hasta el día de su muerte (Génesis 48:7). Luego vino la desaparición de José, la pérdida de Simeón, el sacrificio de separarse de Benjamín. Respondiendo a la invitación de José de descender a Egipto, el anciano se encaminó hasta Beerseba, en la frontera de Canaán. Allí ofreció sacrificios al Dios de su padre Isaac. ¿Debía abandonar la tierra prometida? ¿Podría ir verdaderamente a ese país de Egipto que había sido una trampa para Abraham, de donde la voz divina había devuelto a Isaac? Sumiso, esperó. **Por sexta vez** Dios habló a su siervo: “No temas de descender a Egipto... Yo descenderé contigo... y yo también te haré volver” (Génesis 46:3-4). En pleno acuerdo con su Dios, Jacob atravesó el desierto. En Gosén sus ojos pudieron posarse sobre su hijo muy amado José, desaparecido hacía tantos años.

Ante la muerte, delante del porvenir, Jacob pudo bendecir. La carrera se terminaba y él rindió este testimonio supremo: “El Dios que me mantiene desde que yo soy hasta este día” (Génesis 48:15). A pesar de sus faltas,

experimentó la fidelidad de Dios, quien en el transcurso de su vida le habló seis veces de una manera particular. Luego reposó en la cueva de Macpela, de donde los cuerpos gloriosos de los patriarcas saldrán el día de la resurrección. Todos los redimidos del Antiguo Testamento podrán, junto con nosotros, contemplar cara a cara la gloria de su Salvador: Séptima aparición que será para Jacob el broche final.

El Señor Jesús declara a quien lo ama y guarda sus mandamientos: “El que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él” (Juan 14:21). “El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amaré, y vendremos a él, y haremos morada con él” (v. 23). ¿Deseamos nosotros también esas manifestaciones personales, íntimas y decisivas del Señor a nuestra alma, en el curso de nuestra vida?

G. A.

PARA TODOS



Suscripción gratuita, escribir al editor:

Ediciones Bíblicas

PARA TODOS

1166 Perroy (Suiza)

Impreso en Suiza. Publicación mensual.

“**PARA TODOS**” tiene como objeto ayudar al creyente en su vida cristiana por medio de ejemplos prácticos sacados de la Escritura, la cual es “inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia” (2 Timoteo 3:16).

Si usted no tiene la intención de guardar esta hoja, tenga la amabilidad de entregarla a otra persona interesada. Para la difusión gratuita entre cristianos, se permite fotocopiar esta hoja (por favor no cambiar el texto, ni borrar nuestra dirección).